

LA NOVELA FILM

N.º 39

30 cts.



LA ALEGRÍA DEL BATALLÓN

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Viza
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 39

La Alegría del Batallón

Cuento militar, llevado al teatro por
Carlos Arniches y Félix Quintana,
con música del Maestro José Serrano

Versión cinematográfica, en cinco
actos, de **MAXIMILIANO THOUS**

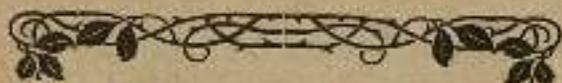
Protagonista: **ANA GINER**

PRODUCCIÓN ARTÍSTICA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA
(P. A. C. E.)

EXCLUSIVA DE

Compañía Cinematográfica Hispano Portuguesa, S. A. - MADRID
Concesionario para CATALUÑA, ARAGÓN y BALEARRES **José Cavallé**
Aragón, 225 :: BARCELONA

Prohibida la
reproducción



La Alegría del Batallón



ARGUMENTO DE LA PELÍCULA



ACTO PRIMERO

Son los días de la última guerra civil española — la que los hombres viejos, hogar, denominan "segunda guerra carlista" —. El pleito de la sucesiva dinastía, entre las dos ramas borbónicas, apasiona a los ciudadanos y divide en dos irreconciliables bandos aun a los seres de una misma familia. El solar patrio empápase en sangre profusamente derramada en implacable lucha fratricida.

Al margen de estas luchas enconadas, ajenas a sus causas, desinteresadas de su curso y sin preocupación por su final resultado, las familias gitanas del Albaicín y del Sacro Monte vegetan a la amable querencia de los cármenes granadinos.

Transcurre apacible la vida para el Tío Peningue, quizás precursor del famoso *Chorro a Jumo*, a quien, modernamente, se atribuyó el cetro de esa graciosa gitanería que ha encontrado un medio de vida en dejarse ver y retratar—*tanti quanti*—por los turistas ingleses y norteamericanos. Y para la zofía Rantós, su mujer, que tuvo niños y tiempo de sobra para hacer unos cuantos miles de cestos como los cienes del reirán. Y para *Dolorsiya*, el más sabroso fruto del árbol genealógico; amén de otros tres churumbelés, verdes retoños del consabido árbol.

Cada cual se emplea en las "labores de su sexo" que, en este caso, tienen poca diferencia entre sí, pues les es común y constante el rasgueo de la guitarra, el juego de "pinreles" y el repiqueteo de las castañuelas.

Lejos de este paraíso del Sur, en las tierras levantinas, la movilidad de Cucala mantiene en jaque a las tropas liberales; menudean las escaramuzas y las guerrillas; de vez en cuando trábase una cruenta batalla... Pero, entre las escenas de la tragedia, cuando el cansancio de los combatientes les impone mutuo respeto, surge la nota regocijada en desquite del constante sufrir de la campaña. Maestro en estas inocentes diversiones, enderezadas al olvido del roadar de la muerte, es nuestro héroe, Ezequiel Pérez y Cascales, de la "cuarta" del "segundo" de Provinciales de Castellón, un soldado veterano, andaluz y chirigotero, que tiene el don de hacer sonreír a cuantos le rodean, y por

ello ha merecido el simpático mote de "La Alegría del Batallón". Un travieso perrito colabora con él, para hacer olvidar las penas a los demás.

A tiempo que el inquieto Cascales, oreado por las brisas mediterráneas, aguza el ingenio para alumbrar nuevas fuentes de regocijo, allá abajo



Dolorsiya, el más sabroso fruto del árbol genealógico...

de la Península, custido por los vientos de Sierra Nevada, un mozo gitano, Rafael Montoya—que algún día intimará con Cascales y será su fraternal amigo—, pasa sus *ducas* por *Dolorsiya*, la primogénita del Tío Peningue.

Ya hace tiempo que cayó en el surco esta semilla de amor que ahora fructifica exultante.

Eso sucedió siendo él un *chavón*. Para ayudar a los suyos, cuidaba de un rebaño. Había en la sierra, abandonada, una ermitita pobre, con una Virgen de las Angustias más pobre todavía, ante



Maestro en estas inocentes diversiones es Esequiel Pérez y Cascales...

cuyo altar, alguna que otra vez, el pastorcillo gustaba ofrendar un manojito de flores silvestres cuando entrábase entre las ruinosas paredes, tanto por respetuosa devoción, como por gozar el ambiente fresco y la suave penumbra

en los deslumbrantes e incendiarios días del estío granadino.

Fue en una de estas ocasiones cuando tropezó, a la entrada, con una gitaniña de ojos pícaros, lo bastante atrevida para pedirle unas cuantas flores del ramo.

Apenas vaciló el muchacho. Eran para la Virgen. Podía compartirlas con la gentil demandante. Y ella, que se hizo interesante con el gesto desenvuelto al hacer la petición y el gesto cariñoso al agradecer la entrega, tuvo, además, la delicadeza de acompañar a Rafael, y a su lado, de rodillas ante el altar de la Virgen, hacer la ofrenda de las flores obtenidas.

Perduró la mutua simpatía en los infantiles corazones, y cuando la ardorosa juventud pudo trocar en amor la inclinación de la pareja gitana, opúsose a la declaración del noviazgo la firmeza del mozo, excesivamente serio para su edad por el hábito de trabajo adquirido en la niñez y de la respetuosa admiración que sentía ante la belleza de *Dolores* que entorpecía sus labios ganosos de desbordarse en galantes frases.

La casualidad, que suele ejercer muy buenos oficios de Celestina en estos apurados casos, hizo que Rafael llegase oportunamente a librar a Dolores del grosero asedio de unos mozalbetes, en ocasión en que la gitaniña, buscando su pan, se había ofrecido a decirles la buena-ventura. La presencia de Rafael puso en fuga a los irrespetuosos atrevidos. Dolores tuvo una inequívoca sonrisa de gratitud para su liber-

tador, el amigo de su niñez. En mutua correspondencia acudió ella a libertarle de sus tristes pensamientos, cierta tarde en que Rafael monologaba, solitario, a la vera de la famosa fuente del Avellano.

La conversación de aquel día tuvo donaires de gitano ingenio y exquisiteres de rústico madrigal. Las sombras de los dos gitanos se besaban en la pared.

—Te la digo, *resútao*?— preguntóle *Dolorsiya* al gitano abriendo sus labios de grana a la sonrisa.

—¿Eres tú, *Dolorsiya*?... ¿Te la digo yo, *preciosa*?

—Anda pues, Rafaelillo.

—Las rayas de tu mano me alegran el *corazón*. Me *diseñ* que Boadil el chico volverá a reinar en la Alhambra, que ese moro *tie* ton mi cara... que como el musulmanito no es tonto, mandará que le lleven a su *presencia* a la gitana más *preciosa* de Granada... y que esa serás tú.

—Suelta ya la mano, Rafaelillo guasón, que ahora yo misma te voy a *desir* lo que leo en mi *estreya*... Me casaré con un *gitanazo* muy feo.

—¿No seré por un si acaso *menguao*? ¡A que sí!

—*Díre*, además, mi porvenir, que tendremos ocho churumbeles.

—¿*Dolorsiya*? ¿Ocho *dejitate*? Con dos...

—Tú te *cicuas*...

—Pues ya no *paseo*, gitana de mi vida... que eso de que yo te quiero como a mi *desaparecida mare*, te lo había de *desir* desde que te conoz-

co... *Dolorsiya*, mi nena, ¿quién que *la boa* sea pronto?

—¿Rafaelillo!... Cuando tú quieras...

Y aquí cesa la plática... rumborea la fuente... y oyesse el murmullo de unos labios...

Y con el tiempo llegó la sazón. Hicieron su nido Dolores y Rafael. Hubo boda y zambra y



Las sombras de los gitanos se besaban en la pared.

algazara. A la puerta de la cueva del Sacro Monte, donde los recién casados ocultaban las delicias de la noche nupcial, un cupido gitano, con tuños y café, llevando en bandolera la navaja de muelles en sustitución de la mitológica

aljaba repleta de cuventenadas saetas, veló la solenne noche...

Pero el alba, teñida de sangrientos resplandores, ahuyentó al amoroso guardián. Sobre el arrojado cielo destacarónse las siluetas de los soldados encargados de la leva. Las tropas gubernamentales cosechaban mozos para nutrir las



...mandara que le lleven a su presencia a la gitana más preciosa de Granada... y que esa será tú.

filas del diezmando ejército. No le valió a Rafael recabar su calidad de gitano, independiente y apartado de toda pasión política. Fue por la fuerza incorporado a la patrulla militar.

Y mientras la infeliz Dolores, arrasados los bellos ojos por candentes lágrimas, retorciéndose de dolor al ver que le arrebataban a su hombre en el mismo día de haber unido a él su suerte, suplicaba inútilmente, Rafael, entre bayonetas, alejábese del dulce nido, siguiendo, contra su voluntad, el camino que tanto puede llevar a la gloria como a la muerte.

— ¡Adiós, vida mía!... ¡Adiós, pare!

— ¡Rafaelillo! *Virgen Santa de los Desamparados*, ¿por qué se lo llevan?

— ¡Dolorosa, hija de mi arma, llora contra el pecho de este *probe* viejo!...

ACTO SEGUNDO

La guerra se agudiza en la región de Levante.

De tumbó en tumbó, por las polvorientas carreteras, Rafael Montoya, el gitano, con otros hombres reclutados por la leva, va a incorporarse al segundo batallón de Provinciales de Castellón, donde el inquieto Cascabel se esfuerza inútilmente en alegrar el espíritu de aquel muchacho siempre triste, abatido y callado.

La infeliz esposa, abandonada, no deja de pensar en su hombre, del que no tiene noticias, a pesar de que constantemente inquiere su paradero, hasta un día que, abordando a un jefe del ejército, logra averiguar que Rafael debe hallarse sirviendo en algunos de los batallones que operan en el reino de Valencia. Y sueña con su querido soldado...

Con súplicas y lágrimas convence a su padre, el Tío Pendingue, para que le acompañe a buscar al marido ausente. Y comienza el éxodo, por caminos y vericuetos baratando jumentos y pidiendo limosna, con el ansia de que algún día han de encontrar al soldado gitano.

Y así cruzan los montes de Guadix, las



Hubo boda y zamba y aljazaras:

feraces huertas de Murcia, bañadas por el Segura, los tejidos palmerales de Elche, las riñeñas playas de Alicante...

Entretanto, Cascales, la "Alegria del Bata llón", ha logrado, a fuerza de cariñosos requerimientos, romper el mutismo de Rafael

Montoya, que le confía todas sus penas desde la trágica noche de su boda.

También Cascales tiene sus penas, que procura olvidar bajo el distraer de su alegría cascalera.

—Con las penas—dice filosóficamente—, sucede al contrario que con otras cosas de la vida.



Y sueña con su soldado...

Si las juntamos tocaremos a menos.

Y entre ambos soldados se establece una amistad fraternal, firme y desinteresada.

Dolores lleva en sí, tangible recuerdo del marido que le arrebataron. Siente germinar en sus entrañas el fruto de sus amores y ansía encon-

trar a su amado para ofrecerle el más grande tesoro: un hijo de su sangre.

Hállanse ya, la gitana y su padre, en tierras valencianas. A la vista de un destacamento militar que guarnece un castillo costero, el Tío Pendingue, separándose de Dolores, se acerca a preguntar si allí conocen a un tal, Rafael Montoya, gitano que sirve al Rey.

El cabo de guardia recela de la catadura del viejo gitano. Abundan los espías y conviene prevenirse. Con fingida amabilidad interna al Tío Pendingue en el castillo, y cuando le tiene a buen recaudo, avisa al Teniente, jefe del destacamento, y le comunica sus sospechas. El Teniente aplaza para más tarde el interrogatorio.

La tardanza en el regreso hace creer a Dolores que ya se haya llegado al fin de su peregrinaje y acércase al castillo en busca de su padre y ¡quizás del deseado esposo!

Hecha la pregunta al centinela y presentado el cabo de guardia, se repite la escena de antes: también la gitana es internada con aparente amabilidad. Pero a la vista del padre, preso, la sorpresa y el dolor tradúcense en desesperados gritos que alarman al Teniente y le hacen acudir al lugar donde los infelices vagabundos quejáuse amargamente de la inmerecida prisión a que se les sujeta.

De rodillas ante el Jefe del destacamento, Dolores relata sus desventuras.

—Si tienes madre y vive—dice llorando—, apiádate de esta pobre mujer que pronto va a serlo.

La sinceridad tiene un acento inconfundible. Las palabras, las lágrimas, la caricia de los labios femeninos que besan, humildes, la mano del Teniente, en suplica de libertad, el recuerdo conmovedor de la madre ausente, deciden el ánimo del bravo militar.

Dad pan a estos pobres—ordena a su gen-



...Dolores acércase al castillo en busca de su padre...

te—, ¡y saludad con respeto a la esposa de un soldado!

La escena ha conmovido a todos. Forma la guardia, y entre las filas de los reclutas, cuadrados militarmente, porque así se compensa a

los infelices nómadas de la injusta sospecha, Doñores y su viejo padre abandonan el castillo, recibiendo el homenaje que sólo se rinde a las altas jerarquías.

ACTO TERCERO

La cuarta compañía del segundo batallón de Provinciales de Castellón, marcha confiada, arma al hombro, por los senderos de la montaña. Cascales y Rafael, juntos, dialogan, bromeando el primero, como de costumbre.

Una inesperada detonación, seguida de descargas cerradas, interrumpe la monótona marcha y descomponen el grupo. Es una emboscada enemiga. A los primeros disparos, Cascales se siente herido, vacila, echa los brazos al cuello de su inseparable camarada Rafael, y al desplomarse, le arrastra en la caída. Ambos ruedan por un talud separándose del núcleo de la compañía, que sigue batiéndose, y la lucha entre ambos bandos desplázase por otros derrroteros. Esto les salva de caer en poder del enemigo.

Cuando vuelve en sí, Rafael atiende a su amigo. Vé que está herido en una pierna. Rasgando la propia camisa, procura restañar la herida; carga a Cuestas con Cascales y empieza un accidentada huida, por la noche, esquivando el encuentro con las fuerzas del contrario bando.

Cerca de una fuente—la carga es pesada—, se impone el descanso. Abrásase de sed Cascales, y Rafael, solícito, le da a beber en el cuenco de la mano, refresca las sienes del herido, le

conforta y anima... Una patrulla enemiga se acerca. Cascales, que con el fresco de la noche siente con más intensidad el dolor de la herida, no puede contener un quejido. Rafael le tapa la boca asustado de que pueda delatarles.

En efecto, la patrulla refrena los caballos, atiende, inquiere... Uno de los jinetes atribuye el débil grito a uno de los muchos mochuelos que abundan en la montaña. Siguen su camino...

Los dos camaradas han pasado unos momentos de mortal angustia, creyéndose descubiertos. Continúa la fuga, siempre llevando Rafael a Cuestas al desgraciado compañero de armas.

Rendido, extenuado, el gitano se decide a pedir caridad en una alquería valenciana. El huertano que, sobresaltado, abandonó el lecho para echar mano a la escopeta, se compadece del herido, le oculta, le cura con cuidado...

Cuando el día amanece se impone la separación. Rafael ha de incorporarse a su compañía, Cascales debe quedarse allí hasta su completa curación. La despedida es conmovedora.

—Rafael; te debo la vida. No lo olvidaré jamás—dice Cascales—. Estamos en la guerra. ¿Quién sabe si algún día podré corresponderte?

Y con honda emoción, los camaradas se despiden. El gitano llora, y el alegre Cascales, viéndole alejarse, siente también que las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Ya está Rafael en su batallón. ¡Qué triste ahora la vida de campaña, sin el costado de su irrazonal amigo, pensando siempre en la suerte

de su mujer abandonada! El no entiende de política, ni de sucesiones dinásticas. Está en la guerra contra su voluntad. Ignora por quién pelea. Dícenle que lucha en defensa de la libertad, y piensa él angustiado:

—Pues si no la tengo para unirme a los míos, ¿qué libertad es esta por la que yo expongo mi vida a cada paso?

Nada alivia su pensamiento del peso del recuerdo de su mujer. Si busca en el vino un momentáneo consuelo, el alcohol aviva aún más la imagen de la ausente y cree verla en todas partes, con el alegre traño, la peña y los zarzillos del venturoso día de la boda.

Ha curado Cascales. Una cruz del Mérito militar recuerda su herida. Regresa al batallón. Su inagotable alegría le acompaña. Vitoras y aplausos celebran el retorno del simpático veterano.

Inusitada sorpresa para Rafael: la cantinera le trae una carta que ha llegado a su nombre. ¡Pero Rafael no sabe leer! Ignora lo que dicen aquellos garabatos. Cascales acude en su ayuda y a duras penas descifra el escrito:

"Sabrás de como la Dolorsiya ha tenido un akurumbel ca sacco toa te estampa"

¡Un hijo!... ¡Un hijo suyo!... ¿Dónde estarán el hijo y la madre para correr a abrazárles y a cubrirles de besos?...

La corneta que da la orden de marcha rompe el idilio. Rafael no quiere oír su mandato. Nada tiene que hacer allí. El deber le llama al

lado de los de su sangre. Cascales se impone y le obliga a la cordura. Pero Rafael camina inconsciente. Su pensamiento y su voluntad pugnan por separarle de la milicia y llevarle al lado de los que le anhelan y necesitan de su protección y de su trabajo.

El batallón hace un alto en la marcha, al olor del buen vino conventual. Es un pintoresco paraje, donde está enclavado un santuario al cuidado de los PP. Jerónimos.

Vivaquea la tropa; corre, abundante, el vino añejo; alguien pulsa una guitarra; surgen las coplas alegres, bailan los soldados olvidando que ronda el peligro... Solo Rafael, separado de todos, abismase en su preocupación: ¿Qué será de la madre? ¿Qué será del hijo de sus entrañas?...

Reanudada la marcha, cuando la noche se acerca, las tropas hacen alto junto a un caserío. El sargento Pedreira, con unos cuantos de su compañía, entre ellos Rafael y Cascales, tiene su alojamiento en una masía valenciana.

Cascales inunda la casa con su perenne alegría.

Un mazo enamorado echa al viento las gisias sentimentales de su corazón.

*Aquí está
quien lo tiene to
y no tiene ad.*

*Por el mismo rey del moro
no me cambiara yo
que no tengo náa*

y lo tengo tío.

Con lo que guardo aquí pa mi morena,

¡Nena!

¡Nena!

*¡qué me importa que haya pena
si no hay pena para mí?*

La-la-la-la-la-la.

*Al miamito rey del moro
no lo envidiara yo
que no tengo náa
y lo tengo tío.*

*Ni el reanío del cañón,
ni de la noche el callar,
hacen perder la alegría
que el alba máa siempre tendrá;
que el que náa puede perder,
y sin náa lo tiene tío,
desde que el sol se levanta
canta que canta,
sin dar tregua a su garganta
pasa el día como yo.*

La-la-la-la-la-la.

*Al miamito rey del moro
no lo envidiara yo
que no tengo náa
y lo tengo tío.*

¡Ay, nena!

*Sólo no ver tu carita
me da pena.*

¡Ay, lacero!

¡Sólo por no verla muero!

¡Ah!

¡Ah!

Rafael halla el modo de escabullirse y pesca la huerta entregado a sus meditaciones.

Quinqueta, hija del masovero, busca en los bancelos provisiones para la cena. Una inesperada visión paraliza sus movimientos. ¿Qué hace aquel soldado que escarba la tierra y parece querer enterar algún objeto? Acércase, curiosa, a enterarse.

Rafael, descubierto en su secreta faena, incorpórase espantado, y sujetando a la machacha, la pide por Dios que oculte a todos lo que ha visto. Cuando Quinqueta logra desasirse, corre a su casa y cuenta, con el natural sobresalto, todo lo ocurrido.

Cada cual comenta a su modo. Cascales, intrigadísimo y concededor de los pensamientos de Rafael, pónese en guardia y se propone no dejar de vigilarle.

Otro incidente inquietador. Un soldado trae a la masía la orden del Coronel para que el sargento Pedreira comparezca inmediatamente a su presencia. Es cumplida la orden. Suena el toque de silencio y cada cual se retira al departamento designado para pasar la noche.

Cuando supone que todos duermen, Rafael, sigilosamente, sale de su habitación y busca la

salida de la masía. Pero Cascales, que estaba alerta, le cierra el paso:

—¿Qué intentas, desgraciado? ¿Vas a desertar? ¿No comprendes que serás descubierta y van a fusilarte?

—Por lo que más quieras, déjame que haya —clama Rafael—. ¡Mira que me pierdes!



... lo pide por Dios que oculte a todos lo que ha visto.

Pero, Cascales, seguro de que así salva a su amigo, se obstina tercero en impedirle la salida. Forcejean, pugnan, uno por huir, otro por impedir la deserción a todo trance...

Unos golpes imperativos, en la puerta, hacen

suspender la lucha. Entran el Capitán con el Sargento Pedreira, el lego de la comunidad de PP, Jerónimos y un piquete de fuerza armada.

—¡A turnar, muchachos!—ordena el Sargento y es obedecido.

Habla el Capitán:

—Del Santuario donde hicimos alto esta mañana, ha desaparecido una cruz de brillantes que llevaba la imagen de la Virgen que allí se venera. Los frailes acusan del robo a uno de nuestros soldados que penetró en el cuartín con excusa de cumplir una promesa. ¿Ha sido alguno de vosotros el que la ha robado?

Silencio absoluto. Rafael no se atreve a levantar la cabeza. Cascales respira soliviantado.

Como nadie contesta y el lego afirma que recordaría la cara del presunto ladrón, por orden del Capitán procede a examinar a los soldados presentes. Cuando vé a Rafael no vacila.

—Este es... Tú has sido... Seguramente, tú fuiste.

Y en la mente de Rafael, vencido, reproduce-se la pútrida escena. Entró, efectivamente, con propósito de encomendarse a la Virgen para que ayudase a los suyos... Un rayo de luz hizo fulgurar los brillantes de la cruz y despertó en el soldado la pecadora idea. Nadie podía verlo; ¿para qué quería la imagen aquella alhaja? En cambio para él era la salvación. Tendría dinero, podría mantener a los suyos, recuperaría la libertad... Quizás tardaran en echar de menos la salvadora alhaja... Y, obedeciendo a una fuerza irresistible, se apoderó de la joya, robó, quiso

ocultarla, le sorprendieron... Ahora todo está perdido; había que entregarse.

Y cuando el Capitán da la orden de que registren al presuntuoso delincuente, Rafael anticipándose, saca la cruz y la entrega a su jefe. Es dada la orden de prisión, Rafael sale entre bayonetas. Cascales se desespera arrepentido de su intervención.

—El salvó mi vida y yo pierdo la suya. ¡Por mi culpa van a fusilarle!

Contraste tristísimo: mientras Rafael marcha preso hacia una muerte segura, por opuesto camino, Dolores acércase a su marido, dando el pecho al niño, plena de vida y de esperanza, ajena a la horrible realidad que la espera.

ACTO CUARTO

Cuando el sol, como un recluta más, despierta sumiso al toque de diana, Rafael convicto y confeso, es encerrado en una casa de Campo deshabitada, donde se ha improvisado la cárcel. Centinelas, con severa consigna de no dejar acercarse a nadie, le vigilan.

El pobre Cascales, que no pegó los ojos en toda la noche, alternando los ratos de desesperación con infructuosas tentativas de reparar el daño causado a *Rafaelito*, su amigo del alma, se devana los sesos inútilmente y busca en la soledad la idea genial que debe salvar al rey.

Acércase animosa, al verle solo, la infeliz *Dolorsija*, para ver si hábilmente consigue averiguar el exacto paradero de su marido. La

grave aventura del Castillo, donde intentó lo propio, hacen que esté temerosa de otro fracaso.

—Te la digo, cara de "brigadiel"?—dice con el tono más zalamero que le es dado hallar en su triste decaimiento de ánimo.

Para "buenas venturas" está el apuradísimo Cascales! Rechaza a la gitana. Pero ésta vuelve a la carga, suplicando que, por caridad, le diga si se halla entre las tropas acampadas un soldado gitano que se llama Rafael Montoya.

El nombre del desgraciado amigo fija la atención de Cascales. Tras de breve diálogo, el soldado se entera de que *Dolorsija* es la mujer de su amigo. Dolores aliviana por las medias palabras de su interlocutor la grave situación de Rafael, e impetuosa, así que logra averiguar el lugar de la prisión, corre con el hijo en brazos a presentárselo a su hombre.

El centinela, fiel a la consigna, échase el fusil a la cara, decidido a que nadie se acerque a la reja del improvisado calabozo. Fortuna que al oír los gritos de la desgraciada, el sargento acude presuroso, detiene la mano del centinela y, conmovido, permite que la pobre mujer se acerque. A través de los hierros de la reja, el infortunado Rafael siente el melifluo goce de besar a su mujer y al hijo de sus entrañas. Desbórdase el cariño a raudales. Y cuando es forzoso separar a la gitana de la reja maldita que la separa del marido tan deseado y ahora expuesto a perder la vida, es preciso hacer esfuerzos sobrehumanos para lograr arrancarla de aquel sitio.

En pleno campamento y con la solemnidad del

caso, celebrase el consejo de guerra sumarísimo para juzgar al infeliz Rafael.

Ya ha ratificado éste su declaración y aun el obstinado Cascales eleva su última fervorosa plegaria en demanda de una idea salvadora.

El fiscal ha terminado su informe pidiendo "por el Rey", como es de rúbrica, que se im-



... el soldado se entera de que Dolores es la mujer de su amigo.

ponga al autor del sacrilego robo la gravísima pena que señala el Código Militar.

El Teniente Coronel, que preside el Consejo, antes de que el Defensor haga uso de la palabra,

invita a los que escuchan a que digan si algo saben en pro o en contra del acusado.

El silencio es solemne. Unos fuertes gritos de:— ¡Yo!... ¡Yo!, alarman a todos y preparan la entrada de Cascales en el cuadro formado por las tropas. Llega jadeante, emocionadísimo... Ha tenido una idea que cree luminosísima...

Invitado a hablar, serenándose, y con un aplomo sorprendente, expone su novela. Rafael es inocente. Va a demostrarlo.

Comienza recordando la infancia del gitano, cuando tenía la piadosa costumbre de llevar ramos de flores montañesas a la humilde virgen-cita de la ermita abandonada en la sierra. Relata su boda; el trágico amanecer del día en que la leva le arrancó del nido imperial para llevarle a la guerra; la incurable tristeza del gitano apartado de los suyos y obligado a defender una causa que no entiende; la inmensa sorpresa de saber que tiene un hijo; la constante obsesión de reunirse con ellos, de hallar forma de subvenir a sus necesidades, pues sabe que mueren de hambre, privados del auxilio de su trabajo.

Fue él, el propio Cascales, quien, durante la estancia en el Monasterio de los Padres Jerónimos, instó a Rafael para que entrara a ver a la Virgen y le suplicara un medio de salvar la terrible situación.

—Tú que sabes de "doctrina"—le dijo—entra y pídele que te ayude en este trance.

Y Rafael entró y... "aquí viene lo grande": vió con asombro que aquella Virgen tenía la misma cara de la antigua conocida de Rafaelito,

el pastor, la humilde Señora de la ermita serrana.

Al oír la terrible súplica de Rafael, la imagen se animó y le contestó con acento dulcísimo:

—Yo también tengo un hijo y sé cual es tu sufrimiento. Aquí soy rica y puedo corresponder a tus obsequios de antaño. Toma esta cruz de brillantes, véndela y corre en busca de los tuyos, que andan hambrientos y descorazonados en tu busca.

V diciendo así, entregó a Rafael la cruz. Esta es la verdad. No es un robo. Es un milagro. Y no cree en Dios quien no crea que la Madre del Redentor del Mundo no es capaz de hacer un milagro como este, "aunque sea para salvar a un pobre soldado".

Además, estos tres compañeros, y el mismo sargento Pedreira—dice Cascales comprometiendo a sus cuatro mejores amigos—oyeron como Rafael me lo contaba.

Los soldados en causa no protestaron contra la declaración del chirigotero andaluz, y su compasivo silencio evidenció la nobleza de su corazón.

La inesperada declaración ha producido su efecto. El Fiscal no puede disimular su estupor ni ocultar su escéptica sonrisa. El Defensor siente fortalecer su ánimo con aquella extraordinaria base de discurso. Los frailes, que asisten al Consejo en calidad de acusadores testigos, miranse entre sí, asombrados y perplejos. El Tribunal no sabe, ciertamente, cuál deba ser la decisión más acertada.

El Teniente Defensor aprovecha el crítico instante.

—Todos somos cristianos—exclama—y no debemos recusar el testimonio que se aduce para salvar la vida de un hombre. Pido, con todo respeto al Tribunal, que traslade a la Comunidad de Frailes Jerónimos el relato que acabamos de oír, y que declare si creen que la santa imagen, que custodian y veneran, ha podido hacer semejante prodigio.

Tras de breve consulta, el Presidente del Consejo de Guerra se dirige a los frailes:

—Sus paternidades tienen la palabra.

Pero los frailes—uno de ellos lego—, turulatos, no saben qué deben contestar.

—Debemos consultar a la Comunidad donde hay hermanos más virtuosos y más sabios.

Después de corta deliberación, el Presidente expresa la decisión del Tribunal.

—Pueden sus paternidades hacer esa consulta. Concedemos un plazo de veinticuatro horas para que puedan resolver. En el bien entendido que, si la contestación fuese negativa, no tienen por qué venir a comunicarla. Terminado el plazo, se dictará sentencia que será ejecutada sumariamente.

Y tras de estas frases suspende la celebración del Consejo.

Una ráfaga de consoladora esperanza orea el ambiente.

Cascales está seguro de su victoria y procura infundir ánimos a la infelicísima gitana.

—No te apures, chiquilla. La Virgen está de

nuestra parte. Hará el milagro. Mejor dicho, ya lo está haciendo. Yo que nunca he sabido hablar en público, ¡ya ves si me he sabido expresar bien! ¡ El Teniente Coronel me ha preguntado si he sido loro antes de sentar plaza!...

Pero *Dolorsiva* se muere de dolor al ver pasar entre bayonetas a su *Rafaelillo*, que besa a su hijito, y todas contienen a la desesperada mujer...

ACTO QUINTO

La Comunidad de PP. Jerónimos hállase reunida.

Ante ella han relatado, los frailes que acudieron al consejo, los interesantes detalles de todo lo ocurrido. El relato ha producido la natural impresión, pero el problema es de ardua solución y no se halla forma de resolverlo.

La Prudencia, personificada por el respetable Prior, expone su criterio:

—Si estamos seguros de que fué un robo, no debemos fingir afirmando que fué un milagro. Nuestro deber de conciencia es decir la verdad y, simultáneamente, perdonar al roco e interponer toda nuestra influencia para que sea indultado.

Sus razonables palabras tienen fuerza de persuasión.

Pero, la Diplomacia, encarnada en un fraile de más hábiles argumentos, busca una fórmula y arguye:

—No nos preguntan si la Virgen *ha hecho* un milagro. La pregunta concreta es si *creemos* que la Virgen *ha podido* hacerlo. ¿Qué inconvenien-

te hay en contestar que sí? ¿Por ventura no *creemos* que la Virgen *puede* hacer los milagros que a su Santa Voluntad plazcan?

También el sutil razonamiento influye en el auditorio.

Entretanto, el plazo ha ido acortándose, y para el desdichado Rafael se acerca el momento



Pero Dolorsiva se muere de dolor al ver pasar entre bayonetas a su Rafaelillo...

trágico. Le ha sido leída la sentencia. Cuando amanezca el nuevo día, el infeliz será fusilado.

Al propio tiempo, en el conclave de los frailes habla el Corazón, un viejo hermano, todo bondad y misericordia:

—No vacilemos más. Se trata de salvar la vida de un hombre. Si no fuese cierto lo que afirmemos, Dios, con su infinita gracia, sabrá perdonarnos. San Pedro mintió tres veces... y es santo.

Inclinase el ánimo de todos los frailes a la benevolencia, cuando el lego, previa la venia del Prior, se atreve a observar:

—Perdonen sus paternidades si oso decir que de nada ha de servir su clemencia. Falta una hora para expirar el plazo marcado. Por pronto que acudamos con la contestación ¡será tarde!

Entonces surge, pujante, la Esmeralda, expresada con vehemencia por un fraile animoso y decidido:

—Yo he sido misionero en África. He cruzado las abruptas montañas y los áridos arenales... Si me dáis un caballo, prometo llegar a tiempo siendo portador de la contestación salvadora.

El sacro fuego ha prendido en todos los corazones. La decisión es unánime. Queda redactada la contestación afirmativa. El fraile portador de ella después de recibir la bendición del Prior, monta a caballo y, poniéndolo a galope, marcha en dirección al campamento.

Mientras, Rafael, perdida toda esperanza, sale de la capilla en dirección al lugar donde debe cumplirse la fatal sentencia. A la luz de la luna, como fantástico jinete, el fraile que ha de decidir la suerte del soldado gitano, acicuta el caballo y cruza raudos los caminos flotando al aire el pardo manto...

A tiempo de formar el piquete ejecutor, un grave percance detiene la marcha de la carrera de salvación: da un traspiés el caballo y, lanzado el fraile de su cabalgadura, cae al suelo donde queda exánime.

Inútilmente retarda el jefe de las fuerzas cuanto es posible el trágico momento, con la angustia de ver si llega la contestación anhelada. Vean los ojos al reo... y, a pesar de ser un bravo, el Teniente que manda el piquete, siente que tiembla su mano que sujeta la espada con la cual ha de dar la orden mortal.

Es inminente la tragedia... Unos gritos vigorosos hacen que todos los rostros vuelvanse hacia lo alto de la montaña donde, sobre la naciente aurora, recórtase la silueta del fraile, que acción, desesperadamente, pidiendo que la ejecución sea suspendida. Repuesto del percance, sobreponiéndose a su quebranto, arrastrándose, gateando, ha conseguido llegar hasta la altura, desde donde desciende y llega, hasta caer rendido junto al reo, alargando al Teniente el pliego donde va escrita la salvadora contestación.

Orden general del Batallón. Ante las tropas formadas, léela, con toda solemnidad, el Comandante.

Artículo 1.º—Visto el informe de los Reverendos Padres Jerónimos, en el cual se dice que no es dado negar sin pecado de herejía que la Sacratísima Virgen haya realizado el prodigio que se le atribuye, el Consejo se ha visto en la necesidad de absolver libremente al reo.

ÚLTIMO GRAN ÉXITO DE LA
BIBLIOTECA FEMENINA
DE LA
NOVELA FILM

Los Diez Mandamientos

Lo más grandioso que se ha filmado.
Asunto altamente senti-
mental de positivo triunfo

Resonante éxito en el Suntuoso
COLISEUM, de Barcelona

112 PÁGINAS 90 FOTOGRAFÍAS
PORTENTOSA TRICROMÍA
PRESENTACIÓN A TODO LUJO
PRECIO: 1 PESETA

Pida esta novela en todos los kioscos
y librerías de España y América. Si
no la encuentra, espere nuestra
reimpresión

Recuerde los anteriores volúmenes de
esta Biblioteca

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

LA MADONA DE LAS ROSAS

¡INTERESANTÍSIMO!

LECTOR ¿HA TENIDO USTED LA SUERTE
DE VER LA GRANDIOSA PELICU-
LA DE LA RENOMBRADA MARGA FOX

Honrarás a tu madre?

¿LE HA GUSTADO COMO LA QUE
MÁS, NO ES CIERTO?

SU ASUNTO CONMUEVE A TODOS
SIN EXCEPCIÓN POR SUS INNU-
MERABLES Y REALES BELLEZAS.
ES UNA NOVELA QUE DEBE TE-
NERSE EN TODOS LOS HOGARES.
PARA LOS GRANDES Y PARA LOS
PEQUEÑOS

HONRARÁS A TU MADRE

ES EL LIBRO EN PRENSA DE LA
SELECCIÓN BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

MAGNÍFICA PORTADA DE LA AN-
CIANA MADRECITA LEYENDO LAS
CARTAS DE SUS QUERIDOS HIJOS.

PROFUSIÓN DE FOTOGRAFÍAS
PRESENTACIÓN ESMERADA

RECUERDE Vd. Y PIDA

HONRARÁS A TU MADRE

PRECIO: UNA PESETA

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Postal-Regalo
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Yemenita	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Los espas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Bering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Heighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Kay
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las Hijas	Rascoo Arbackle (Falty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Hold
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Hites Hixtor
19	De florista a millonaria	Bessie Farnum
20	El Crimen del Millón de Dólares	Bessie Loxe
21	La coqueta irresistible	Ramsón Yaxarro
22	El secreto profesional	Mabel Yermund
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	Valiente luna de miel	Lets Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Morano
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscol
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Carreras	Douglas Fairbanks
32	Se Señor y Ducho	Constance Talmadge
33	La Androecia	Kodolfo Valentins
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Guerra de ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La novela de una Estrella de Cine	Pauline Frederick
37	La Huida de Hunos	Watts Dix
38	¡Sea Inocente!	Pola Negri
39	La Huya del Estable	Judith Coplan

